



Desde  
**10**  
años



PLANETA

ROJO

# LA LAGUNA ENCANTADA DE IGUAQUE

CUENTOS MÍTICOS COLOMBIANOS

FLOR ROMERO

ILUSTRACIONES DE LILIANA OSPINA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Liliana Ospina

Ilustración de cubierta: Liliana Ospina

© 2004, Flor Romero

© 2014, Liliana Ospina

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4107-8

ISBN 10: 958-42-4107-9

Primera impresión: septiembre de 2014

Segunda impresión: febrero de 2015

Tercera impresión: septiembre de 2016

Cuarta impresión: marzo de 2018

Quinta impresión: enero de 2019

Sexta impresión: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## FLOR ROMERO (biografía)

Nació en La Paz de Calamoima (Guaduas, Colombia). Obtuvo la licenciatura en comunicación en la Universidad Javeriana de Bogotá. Estudió ciencias políticas en la Universidad de La Sorbona, París. Fundadora de la Unión de Escritores de América (*Uneda*), de la cual es presidenta. Ha publicado 43 libros entre novelas, biografías, ensayos y cuentos. Siete obras suyas han sido traducidas al francés, entre ellas *Triquitraques del trópico* (*Crépitant tropique*), incluida en la colección *Obras Representativas de la Unesco*. Finalista en varias ocasiones del Premio Planeta Internacional de Novela. Con Editorial Planeta ha publicado *América cuenta sus mitos*, *El amor es un mito* y la trilogía autobiográfica *Detrás del antifaz*, *El hechizo del destino* y *París, la bienamada*.



*A los niños de América*





## ÍNDICE

La laguna encantada de Iguaque.....	11
Los amores del caimán .....	25
La cacica Gaitana.....	35
El templo del Pipintá .....	47
Tras el rastro del tesoro Quimbaya.....	55



## LA LAGUNA ENCANTADA DE IGUAQUE

*...que tenían el oro tan a montones como ellos los  
tenían de maíz y que sobre todo tenían una casa hecha  
en una laguna, fundada sobre la colinas de oro,  
en medio de un pilar muy grueso de lo mismo  
que era su adoratorio...*

Fray Pedro Simón  
*Noticias Historiales, tomo III*



Los niños escucharon el cuah cuah cuah de los paticos dorados y suspendieron la recolección de curubas.

Voltearon la cabeza y se quedaron maravillados. Allá en mitad de la laguna, se paseaban orondos los paticos de oro, sacando fulgores de los ojos redondos.

—Míralos, Simbidium, cómo nadan de fácil.

—Lo estoy viendo, Teo. Son como de mentiras. Tan livianos, tan ágiles, tan graciosos. ¡Ahí están!

(Parpadeó para ver mejor).

La niña tiró una piedra a la laguna. Teo la increpó:

—No hagas ruido. Los espantarías.

—¿Crees que los podrás atrapar?



—Clarooooo. Esperemos a que se acerquen a la orilla y cuando se enreden en los juncos, los pillaremos. No creo que sean tan mansitos como parece.

—¡Chisst! No hagamos ruido. Hablemos en secreto para que no se asusten —recalcó la niña frotándose las manos con ansiedad.

—Quien sabe qué tan ariscos son. De pronto vuelan o se esconden —comentó Teo nervioso.

—Además, ni las aguas deben escuchar nuestros planes. Son secretísimos.

Ambos se colocaron los dedos índice sobre los labios y con el corazón saltón, esperaron impacientes, mientras veían a los paticos hacer cabriolas, sumergirse en el agua cristalina, para sacudirse luego como si tal.

Cimbreadan el cuello y luego espolvoreaban el agua con movimientos epilépticos. Jugaban a bambolearse en las crestas blancuzcas de la laguna de Iguaque.

Remolineaban; se hacían mimos con los picos amarillentos; jugaban a las escondidas entre los juncales.

De pronto, un gran borbotón de agua se levantó del fondo de la laguna. Una cabeza gigantesca se irguió, haciendo brillar los ojos negros diamantinos.

—Mira Teo; es una serpiente gigante. Quizá sea la cuidandera de los paticos dorados.

—O tal vez quiera devorárselos —dijo el niño, haciendo un gesto de temor en el entrecejo.

—Esperemos a ver qué pasa.

La serpiente navegó por el borde de la laguna de aguas pensativas, como si quisiera hacer reconoci-

miento de sus predios. Dio un coletazo fenomenal y volvió a sumergirse.

La superficie azulosa se tranquilizó

Apareció entonces en el centro de la laguna, un niño de cabellos dorados, protegido por un cóndor descomunal.

Lo amparaba con las alas desplegadas, aleteaba de trecho en trecho, como abanicando al chiquillo.

Una pareja de cucaracheros cantaba entre el matorral vecino. Una chisga se asomó sobre un sangregao, haciendo cabeceos de contento. Picoteó unos cuantos gusanos y voló a esconderse entre las flores del sietecueiros.

Un colibrí verdoso, se paró en el aire chupándole el néctar a un abutilón manchado de amarillo y rojo. Tan pronto divisó con los ojos azorados el gran cóndor, huyó espantado.

El sol declinaba, tiñendo el horizonte de rosas y azules, violetas y ocre rotundos. Parecía un atardecer dibujado por el mejor pintor de arreboles, sobre el cielo montañoso coronando la laguna de Iguaque.



El colorido teñía las aguas frías de la laguna sagrada de los antepasados, como lo pregonaron los campesinos de la región.

Pasaron las perdices, sacando pecho carmelitoso, anunciando alegres la caída de la tarde y un velo oscuro ensombreció el paisaje.

Los niños asustados por las sombras que se cerrían, decidieron alejarse, pues la bandada de paticos dorados, en vez de acercarse a la orilla, como lo esperaban, se concentraba cada vez más en la mitad del espejo, cercando el tunjo siempre custodiado por el cóndor de collar blanco.

—¡Vámonos! —ordenó la niña, halando de un brazo a Teo—. Volveremos mañana. Por hoy se nos escapan. Pero con paciencia los atraparemos temprano. Madrugaremos.

Después de una noche de insomnio, viendo remolinear en las pupilas de sus ojos oscuros al niño de cabellera dorada, los paticos, el cóndor y la serpiente gigante, se bañaron con agua fría y esperaron a que se rasgara la neblina lechosa que cubría como velo de algodón el lago manso.

Poco a poco la gasa se fue levantando, como si una mano invisible recorriera el telón de los sueños y desvelara su gran sorpresa.

Cuatro focos de luz se filtraron en el cielo a través de las nubes mugrosas, en manajo de lana virgen, alumbrando las cabezas brillantes de los paticos.

—¡Míralos! ¡Amanecieron más limpios.  
Relucientes!

—Claro. Porque se bañaron tanto ayer —suspiró Simbidum.

—¿Qué haremos con los paticos que atrapemos?  
—preguntó inquieto el niño.

—¡Qué tontería! Los llevaremos para la poceta de la casa. Papá se pondrá feliz y haremos luego una cría de paticos dorados.

—Yo por el contrario, quiero venderlos en el mercado para comprarme zapatos, vestidos y una cauchera —arguyó Teo.

—¡Sería una lástima perder unos animales tan bellos! ¡Es una raza que no hemos visto antes! —dijo la niña con gran ternura.

Un patico solitario se desprendió de la manada, buscando la orilla. Se entretuvo pescando una lombriz. Teo estiró el brazo y alcanzó a sujetarle la punta de la pluma dorada del ala izquierda.

Simbidum lo observaba ansiosa, un poco más atrás y vio cuando la serpiente de la cabeza gigante volvió a emerger y lanzando un par de fuertes coletazos agitó las aguas de la laguna.

El niño de las mechas doradas se consumió. El gran cóndor, dando aletazos bravíos, recorrió en círculo el corazón de la laguna. Las aguas usualmente tranquilas comenzaron a balancearse. Se desencadenó un oleaje que hamaqueaba los juncos de la orilla.

Una lluvia de granizo anunciaba tempestad. El manto azul se arrugaba, se encrespaba, soltaba espu-ramarajo. Estaba embravecido.

—La laguna está furiosa y ese animalote se nos viene encima —dijo la niña aterrada, señalando al cóndor negro, protector del niño dorado.

—¡Mira; lo atrapé! —gritó emocionado Teo.

—Corre aprisa, pues fijate que las aguas se enfurecen más y más.

—Bastante hemos esperado para soltarlo ahora que lo tengo entre mis manos —alareó el chico y salió corriendo con el patico de oro apretado contra el pecho.

—¡Cuah, cuah, cuah. Quihubo que no me suelta escuincle! —chilló el patico adolorido.

Teo corrió tan veloz como pudo, pero Simbidum se percató de que poco avanzaba, pues la laguna de Iguaque lo perseguía. Trotaba tras él. Nunca había visto corretear a una laguna, pero ahora estaba segura de que ésta le pisaba los talones a su vecino Teo. También el cóndor le seguía el rastro.

—Suelta el patico. ¡La laguna te va a devorar! —suplicó la niña desesperada, agitando las manos como ramas al viento.

—¡Ni de riesgos! Puros cuentos —alcanzó a replicar Teo sudoroso, acezando, antes de que una ola gigantesca se lo engullera.

Se esfumó en las entrañas revolcadas de la laguna, que en ese instante desapareció también de los ojos de

Simbidum, pues en un movimiento veloz se le perdió de vista.

Aterrada corrió por entre los frailejones, mortiños, nogales y chusques, hasta la casita blanca de teja de barro a contarle a la madre lo que sus ojos incrédulos habían presenciado.

—A Teo, el hijo del vecino, se lo sorbió la laguna. Te lo juro mamá que no pude hacer nada para evitarlo.

—¿Cómo así, niña? Repítame lo que me está contando.

—Que mi amiguito Teo, con el que jugaba todas las mañanas, por estar cazando los paticos de oro, se lo tragó la laguna.

—¿No serán puras visiones?

—Te lo juro mamá. Lo vi con estos ojos oscuros, que ven tan claro. La laguna lo persiguió y el remolino se lo engulló.

—Yo les he advertido que esa laguna está encantada.

—No quería soltar el patico de oro.

—No se puede jugar con esa laguna. Así de tranquila como aparece, no permite que le saquen su tesoro. Ella lo guarda celosa y persigue al que pretenda arrebatárselo. Además, cuenta con dos celadores fieles: una serpiente enorme y un cóndor feroz. Son los cuidanderos del encanto.

La niña se secaba las manos sudorosas en la falda. El corazón le saltaba ruidoso.

—Lo peor de todo, es que la laguna se fue —anotó temblorosa la niña—. Ahora ni siquiera podremos buscar el cuerpo de Teo.

—¡No lo puedo creer!

—De veras mamá. Desapareció.

—Yo he oído decir al abuelo, que las lagunas encantadas cuando las acosan los cazadores de tesoros, se deslizan, se escabullen y se pasan a un sitio en donde las dejen tranquilas. Por ahí a la vuelta del cerro debe estar durmiendo la siesta —dijo la mujer mientras se restregaba los ojos con la esquina del delantal azul turquí.

A la niña le pareció escuchar de pronto un cuah,  
cuah, cuah en la lejanía. Como un graznido en secreto.

*Bogotá, 26 de diciembre de 1988*